



Noche de brujas

Soledad Muñoz

Contaba la gente del pueblo que por el camino que llevaba hasta Indé, Durango, en cierta época del año, en noches de luna llena, corrían por el llano bolas de fuego que rozando la tierra yerta erizaban los cabellos a los hombres y las bestias que tenían la desgracia de transitar por ahí.

Se decía que muchos habían visto las bolas de fuego de lejos; y pocos, muy pocos, de cerca. Pero estos últimos, según doña Crucita, la curandera del pueblo, eran más de los que la gente pensaba, ya que ella había tenido que curar a muchos de espanto. Llegaban al pueblo temblando de pies a cabeza, el pelo erizado y la piel de gallina, jurando que los habían perseguido bolas de fuego por todo el llano.

Pensando que era cosa del mismísimo demonio, la gente piadosa se santiguaba al escuchar estos relatos y en las puertas de sus casas clavaban cruces y palmas benditas. Los descreídos se burlaban de los espantados. Los muy machos se reían y retaban a las brujas y demonios para ver de cuál cuero salían más correas. Pero la verdad es que todo mundo se recogía más temprano atrancando bien sus puertas, y muy pocos se aventuraban por las noches mas allá de los límites del poblado.

En la capillita del pueblo a diario se rezaba el rosario a la virgen del Carmen, pidiendo por el eterno descanso de las ánimas benditas que penaban por los llanos, cuyos lamentos se confundían con el ulular del viento. Los rezos y novenarios parecían surtir efecto y las bolas de fuego desaparecían tan misteriosa y repentinamente como habían aparecido. Pero siempre regresaban. Y la gente volvía a sus rezos y novenarios.

221





Mi padre, hombre de extensa cultura y fe bien cimentada, se divertía con las charras de brujas y aparecidos. Pero su compadre don Andrés Terrazas le juró por lo más sagrado que una noche que regresaba de su rancho, las había divisado desde el camino viejo, cuando bajaban hacia el llano por las faldas de la pequeña serranía.

—Escúcheme bien, don Esteban: las divisé de lejos y como soy hombre valiente quise averiguar de qué se trataba pues. Aunque corrían de un lugar a otro, sin rumbo fijo, en cuanto advirtieron mi presencia, por el olfato, la vista o el instinto, o vaya usted a saber cómo, me descubrieron y cambiaron repentinamente el rumbo y al mismo tiempo todas se dirigieron hacia mí. El miedo pudo más que la curiosidad y sin esperar que se acercaran atravesé el llano a todo galope, llegué al pueblo y me metí al corral brincándome las trancas, por eso lastimé tan seriamente al Alazán. Pero usted no lo va a creer hasta que un día de estos se le aparezcan —le sentenció—. Créame que no le deseo que pase el susto que yo pasé.

Una tarde, mi mamá me dejó acompañar a mi papá a un potrero que tenía por el camino viejo a Indé, Durango. Cuando estábamos a punto de regresar, una temprana lluvia de primavera nos sorprendió y tuvimos que esperar hasta que pasara. En cuanto cesó la lluvia y se aclaró un poco el cielo, mi papá ensilló el Azabache y, resguardados por el Pinto, nuestro perro fiel, emprendimos el regreso a casa. Salimos de los límites del potrero, el sol apenas se desvanecía dejando su rastro entre las nubes, la luna ya se asomaba sobre la cresta de la pequeña serranía que resguarda el valle. —Tu mamá ya debe estar preocupada, hay que apretar el paso —me dijo.

En cuanto el sol se ocultó por completo, la luna se encendió haciendo brillar las piedras del camino y alargando la sombra que el Azabache pretendía alcanzar, mientras ella silenciosa caminaba a nuestro paso. Todo a nuestro alrededor brillaba; los grillos y chicharras alegraban la noche. Pero poco nos duró el gusto porque las nubes regresaron y ocultaron la luna dejándonos

a merced de la oscuridad; los insectos cesaron su canto y un viento helado nos azotó la cara.

Mi papá me acomodó delante de él, abrigándome con su saco y con sus brazos, mientras con su sombrero me protegía la cara del viento. Todavía no se alcanzaban a ver las escasas luces del pueblo, cuando me pareció ver lejos, muy lejos, una bola de fuego rodando por el campo. El miedo me produjo más frío que el viento y se me metió por entre los huesos, haciendo que me castañearan los dientes. Mi papá empezó a silbar aquella melodía de: *Por el día en que llegaste a mi vida, Paloma querida...* Se veía tranquilo y yo me fui tranquilizando poco a poco, porque con él cuidándome la espalda, no había que temer... Seguía silbando como si nada nos amenazara, ahuyentando mis miedos y los suyos.

Su silbido fuerte y entonado apaciguaba el viento, pero de pronto éste arreció y de una gran zanja que estaba en un recodo del camino, brincó una bola de luz que después de errar un poco de un lado a otro, se dirigió directamente hacia nosotros. Mi papá me abrazó con más fuerza, mientras intentaba taparme la cara con el sombrero, pero lo aparté para cerciorarme si había visto la lumbre o sólo era mi imaginación.

Sin aliento y con el corazón brincándome hasta la garganta, abrí bien los ojos y los oídos. Pero dejé de escuchar el viento y los cascos del caballo, sólo veía aquella bola brillante que venía rápidamente hacia nosotros, mientras recordaba todo lo que los vecinos y amigos platicaban sobre las ánimas en pena, las brujas y el demonio, que atacaban por el llano a los que osaban atravesar sus dominios en noches de tempestad. Todo eso venía a atacarnos en medio de aquella desolada oscuridad.

—No te asustes. El Azabache está muy tranquilo, el Pinto no dejará que nada nos pase —me dijo, mientras sujetaba firmemente con su mano izquierda la rienda y desenfundaba con la derecha su 38.

Todo sucedió tan rápidamente que apenas si recuerdo los detalles. En medio de una extraña calma la bola de fuego avanzó flotando hacia nosotros, como en cámara lenta seguimos



avanzando a su encuentro; mi papá muy erguido y en actitud alerta, yo agazapada entre su saco, el Azabache y el Pinto caminando como si nada. Aquella cosa atacó al caballo echándose encima de sus patas delanteras, pero el animal se la sacudió con una leve patada y un resoplido de impaciencia. Con el golpe, una maraña de gatuños rodó hacia un lado y una cantidad enorme de luciérnagas voló, envolviéndonos en su mágica luz mientras buscaban refugio en la oscuridad.

Antes de que las luciérnagas se perdieran en la noche, dejándonos otra vez en penumbra, las contemplamos en un silencio que algo tenía de veneración. Cuando reaccionó, mi papá logró atrapar una, que con rítmicos latidos dejaba escapar entre sus dedos destellos de luz sonrosada. El gozo y la paz que me produjeron aún perduran en mi memoria, y vuelven a mí siempre que me toca la suerte de encontrarlas, cuando por las noches después de la lluvia, salgo a caminar.

La risa nos duró hasta el pueblo, donde la gente se enteró de lo sucedido esa misma noche, pues Herminio mi primo ya había organizado un grupo para salir a buscarnos. La verdad sobre las bolas de fuego corrió como reguero de pólvora. Algunos la recibieron con alivio y otros con desencanto. Es más, la mayoría decidió seguir creyendo en las brujas, que convertidas en bolas de fuego trataban de hechizar a todo aquel que se atreviera a profanar su territorio. Y por muchos años las culparon de las calamidades y desgracias que ocurrieron por aquel tiempo.